

Fragmento de novela

Cada perro tiene su día

Ramón Córdoba

Personajes que exploran las formas en las cuales el vacío existencial puede ser combatido, ya sea a través de las drogas, la violencia o el juego, integran el mosaico de vidas enfrentadas a la "oscuridad pura" que despliega el también editor Ramón Córdoba en su novela de próxima publicación por la Editorial Terracota, y de la cual procede el fragmento siguiente.

Según Yanina, iluminada filósofa estudiante de medicina que detesta los juegos de video, casi todos portamos un vacío porque hemos perdido la conexión que una vez tuvimos con el Espíritu.

Lo dice así, con mayúscula, para hacer notar que se refiere a la totalidad, al ser superior.

Nacimos plenos, enteros, ebullentes, y de inmediato el mundo empezó a deteriorarnos hasta que ya no hizo falta darle seguimiento al proceso, porque lo dejó a nuestro cargo.

Y lo continuamos muy bien.

Nuestra desconexión se manifiesta de muchas maneras, pero una de sus formas preferidas es la adicción. Al trabajo, al sexo, a la televisión, al drama, al dinero, al poder, a la violencia...

Quien usa drogas, y en especial quien las usa con frecuencia y hasta ponerse ciego, es tan sólo un alma perdida que busca, que ignora lo que busca y ni siquiera sabe que está buscando.

El vacío nos empuja a consumir alteradores de las emociones, sensaciones y estados de ánimo, es decir, de la percepción, e inevitablemente, cuando empieza a bajar su efecto, el mundo reaparece, peor de lo que era. Más vacío, digamos. Y nos ofrece sólo desesperación y oscuridad.

En esa oscuridad, lo más patente es el abandono. Incluso el abandono de dios, aunque durante toda la vida nos haya sido indiferente si está o no ahí.

Luego sigue algo que, sin mucho dudar, tendemos a percibir como una convicción. Todo acto, mayor o menor, es entonces definitivo. Nadie lo juzga, nadie tiene autoridad alguna para evaluarlo, nadie nos llamará a cuentas.

Desde ahí es fácil trazar planes negros, siniestros, absolutamente oscuros.

Llevarlos a cabo es otra cosa, pues nunca perdemos de vista que nuestra supuesta convicción es tan sólo delirio o, lo que es más frecuente, no nos interesa llevar a cabo nada, a menos que conduzca, de preferencia sin escalas, a nuestra próxima dosis.

El mundo reaparece y además no importa, mientras en él esté la droga que nos hace falta.

O no, el mundo no reaparece: la droga lo ha abolido, no ha dejado lugar en nuestra conciencia más que para anhelar a perpetuidad más droga.

Al final de una raya esnifamos el anhelo de la siguiente.

Yanina dice todo esto en un correo electrónico donde además me informa que el Vaticano acaba de publi-

car una lista de nuevos pecados, como contaminar el planeta y realizar modificaciones genéticas.

También vender drogas, pero no consumirlas.

Tampoco, al parecer, comprarlas, regalarlas, compartirlas.

Me propongo hablar de esto con Santiago, quien me vende drogas, pero no lo haré hoy: contra su moderada y discreta conducta de siempre y contra el precepto, postulado por Caracortada en la majestuosa interpretación de Al Pacino, de no consumir tu propio producto, don't get high with your own supply, mi pusher favorito acaba de meterse cocaína suficiente como para volver loco a un caballo percherón y así, coco hasta el extremo de la rabadilla, me cuenta sus tribulaciones.

Tal vez algún día yo las comparta contigo.

Da lo mismo: no lo conoces ni lo conocerás.

Tampoco a mí.

Y, como habrás notado, me gusta hablarte.

Como le hablo a la oscuridad.

Habrás escuchado esto:

Hello darkness, my old friend, I've come to talk with you again.

Soy a veces como el ojo ciego de un cíclope: oscuridad pura, total, absoluta. Incapacidad, inutilidad, derrota.



Tomer Hanuka, *Kinetic*

Hoy, por ejemplo, a duras penas he reunido ánimo para levantarme de la cama y no tuve fuerza para iniciar ninguna de mis rutinas.

Vamos: hace apenas unos minutos logré preparar café y estoy aguardando el impulso que me permita servirme una taza.

Yanina diría que esta dejadez, este desánimo en apariencia inexplicable se debe a mi mala conciencia, pues hace poco le conté en un mail cómo maté a la primera paloma.

En una de sus insólitas visitas a esta desolada terraza, Ramón vio el rifle colgado frente a mi cama, lo tomó, asumió diversas posiciones de tiro y dictaminó que la mira estaba chueca. Me pidió un desarmador y unas pinzas, trabajó en ella unos minutos y luego me entregó el arma con expresión de logro, de apoteosis.

Ya está. Te apuesto a que no le atinabas a nada por más cuidado que pusieras al apuntar, pero ahora sí: estás listo para darle al centro de la diana y para diezmar... ¿qué: ratas, lagartijas?

Palomas, contesté. Y sí: antier me acabé la caja de diabólos y no logré darle a ninguna. Pero ya compré otra caja.

Pero las he espantado de lo lindo, pude añadir. Aunque sean diabólos y no balas lo que mi rifle dispara, salen con estruendo y cuando pegan en sólido, a pocos centímetros de su objetivo, suelen dejar muescas.

Luego de beberse dos vodkas y de fumar un churro, Ramón se fue, satisfecho por su trabajo con la mira y dejándome con la duda de si en efecto la había arreglado. Pero poco más tarde pude ponerla a prueba, cuando escuché el inconfundible batir de alas y el ruido que emite la parvada.

Se llama zureo.

Les di unos minutos de margen para relajarse casi hasta la modorra y luego, con cuidada lentitud, salí y me coloqué en posición de tiro.

Me tomé con calma la selección de víctimas idóneas y de entre cuatro elegí no a la más próxima sino a la que presentaba mejor blanco, a unos doce metros.

Afiné la puntería respirando acompasadamente y jalé del gatillo.

Pam, un estampido seco y la parvada levantó el vuelo mientras una mancha de plumas grises caía a lo largo de cuatro pisos, hasta la azotea de una casa vecina. Les tiré un par de veces más, pero darle al vuelo a una de esas mierdecillas no es nada fácil.

Luego me asomé al pretil y vi agonizar a mi víctima de cara al suelo. Movía una de las alas con vigor; la otra probablemente estaba inutilizada. Y sangraba. Sangró mucho, hasta formar un charquito. Luego quedó quieta.

Lamenté todo eso.

Tan sólo quería matarla, no que sufriera. **U**